



El impostor

JAVIER CERCAS

Random House, Barcelona, 2014, 425 pp.

reseña de Simone Cattaneo

Con *El impostor* Javier Cercas (Ibahernando, 1962) confirma su buen tino a la hora de dar en la historia reciente de España con situaciones caracterizadas por instantes de máxima tensión dramática o con personas -tanto en su significado corriente de seres de carne y hueso como en su origen etimológico de “máscara”- que se prestan, por su carga emblemática y enigmática, a erigirse en focos de un sentir o una época (*Soldados de Salamina*, 2001; *Anatomía de un instante*, 2009; *Las leyes de la frontera*, 2012). Sin embargo, ese halo de luz que los nimba se parece al desprendido por las estrellas próximas al colapso, a ese brillo último que anuncia el vórtice de sombra de los agujeros negros, a ese territorio misterioso que en literatura Cercas identifica con el «punto ciego», ojo inexplicable del huracán de conjeturas suscitadas en las buenas novelas por unos personajes contradictorios o unos gestos ambiguos, recovecos donde la falta aparente de lógica o sentido es justamente lo que proporciona aquellos interrogantes - imposibles de responder de forma unívoca- que sustentan y enriquecen el texto. El protagonista de *El impostor*, Enric Marco, es con creces uno de esos agujeros negros de alta densidad y poca masa -para darse cuenta de ello basta con ver una foto de Marco y recorrer su historial- que

inevitablemente atraen todo lo que gravita a su alrededor: amigos, colaboradores, admiradores, escépticos, detractores, medios de comunicación, documentalistas, periodistas, historiadores, novelistas, etc. Precisamente un historiador, Benito Bermejo, en mayo de 2005 dio al traste con el castillo de mentiras urdido por ese hombrecillo hiperactivo -por aquel entonces presidente de la Amical de Mauthausen, una asociación que reunía a los ex deportados españoles y a los parientes de estos- al demostrar que nunca había pisado el suelo del campo de concentración alemán de Flossenbürg, como hasta aquel momento se había empeinado en afirmar. Ese fogonazo que de golpe había alumbrado la verdad y había quebrado la identidad de Marco, constituye un polo de atracción irresistible para Cercas, quien a lo largo de casi una década no puede olvidarse del asunto, fascinado por el desparpajo de esa impostura y, sobre todo, por el hecho de no saber hasta qué extremos había sido llevada y, más aún, cuáles habían sido las pulsiones humanas que habían alimentado aquella ficción que acabaría por convertirse, provisionalmente, en una realidad. El autor encauza esta obsesión en un libro armado a partir de unas herramientas narrativas que ha venido afinando durante años y, con solvencia, combina autoficción y

metaficción –marcas de la casa desde *El inquilino* (1989)–, investigación histórica –sondeada en *Soldados de Salamina* y aprovechada a fondo en *Anatomía de un instante*–, consideraciones psicológicas y sociológicas –ejes de *Las leyes de la frontera*– y reflexiones literarias o ensayísticas, ingredientes habituales que caben perfectamente en ese saco desmedido que es la llamada «novela sin ficción», aunque en este caso el membrete suene bastante paradójico, dado que las invenciones de Marco proveen dosis masivas de material ficcional. De entre todos estos componentes, el más sólido parece ser el minucioso trabajo de documentación que desmonta la sarta de falsedades, o verdades a medias, esparcida por el protagonista, cuanto más que Cercas, a pesar de atenerse a un orden cronológico, sabe dosificar la información de la que dispone, creando un suspense típico del género anglosajón de la *quest* y, además, se guarda un as en la manga para lograr un final efectista. De este modo, queda al descubierto la existencia real de Marco, una vida que hubiese sabido a poco sin la sal de los embustes que le permitieron ocupar posiciones destacadas. Hijo de un padre alcohólico y una madre neurótica, Enric había nacido en un manicomio y se había criado con unos parientes que lo acogieron en su casa de Barcelona; durante la guerra civil había militado tibiamente en el bando republicano y luego, bajo la dictadura, había tratado de escaquearse de la mili ofreciéndose como obrero voluntario para la industria naval de la Alemania nazi; ahí había sido acusado por unos compañeros de ser un comunista y por esto había sido encarcelado –en una comisaría y no en un campo de concentración– y juzgado, siendo finalmente absuelto; a su vuelta a España, había vivido escondido para zafarse nuevamente del servicio militar obligatorio trabajando de mecánico en un taller;

pasados los años más duros de la represión, había llevado una rutina laboral y familiar que no se hubiese visto alterada sin el derrumbe del régimen, puesto que en la fase terminal del franquismo sus patrañas se harán cada vez más frecuentes y atrevidas, hasta permitirle ocupar la secretaría de la CNT y, tras haber aliñado y pulido sus falsificaciones, el ya mencionado cargo de presidente de la Amical de Mauthausen. No obstante, todas estas anécdotas se hubiesen quedado en una mera biografía si Cercas no hubiese decidido, muy acertadamente, elevar el comportamiento de Marco a símbolo de otras imposturas: la de la mayoría silenciosa, la del escritor y, en parte, la de cualquier víctima o testigo que opone su versión a la de los historiadores. La primera (im)postura es la que, aunque quizás el autor generalice demasiado al extender la acusación de oportunismo a la mayoría del pueblo español –ya lo había hecho en *Anatomía de un instante*–, funciona mejor como vía de acceso a las dudas morales y a la crítica de los francotiradores que se sumaron al coro de acusadores de Marco sin que mediaran grandes diferencias éticas entre ellos y él, ya que al morir Franco no fueron pocas las camisas pardas o azules blanqueadas con lejía ni los esqueletos que se ocultaron en los armarios del olvido. Además, el autor considera que todos mentimos, incluso a nosotros mismos, en una torpe y necesaria tentativa de huir de la insignificancia de nuestra rutina. A partir de aquí es posible dar el salto al campo literario, tanto con respecto a lo que se escribe como a quien escribe. En opinión de Cercas, son justamente las ganas de sustraerse a la vulgaridad de un mundo que le sofoca, las que empujan a Alonso Quijano a ensillar Rocinante y a salir en busca de aventuras con el nombre de don Quijote. Esta inclinación tan humana –y al mismo

tiempo, por el germen de rebeldía que conlleva, tan heroica- sería la que comparten en el fondo el personaje de Cervantes y el protagonista de *El impostor*, avalando los paralelismos que el narrador traza entre sí mismo y el creador del *Quijote*. Más allá de lo discutible que pueda resultar dicha teoría, lo que sorprende al lector y hace tambalear los cimientos de la autoficción cercasiana es que semejante soberbia por parte de quien narra -para más señas Cervantes inventó don Quijote prácticamente de la nada, mientras que Enric Marco es un individuo concreto y muy conocido- resulta incoherente con la proyección, a ratos grotesca, de sí mismo que Cercas ha plasmado: un escritor desesperado, llorón y acomplexado y, para terminar de rizar el rizo, con demasiados rasgos reales del autor como para que el juego ficcional pueda llevarse a cabo sin interferencias o confusiones, casi legitimadas por los datos factuales. A lo mejor, es una estrategia que apunta a ilustrar su idea de que también los escritores son impostores -la forma más efectiva de declararlo pasaría entonces por esa autoficción que roza la perfecta correspondencia-, pero esta sugestiva hipótesis que hubiese podido cuajar en unas observaciones enjundiosas queda en agua de borrajas porque el mismo Cercas zanja la cuestión al concluir que quien lee sabe de antemano que el novelista tiene derecho a mentir, a inventar, mientras que alguien como Marco, sumido en un contexto histórico de hechos y documentos, no puede hacerlo impunemente (pp. 203-207, 357-358). Con parecida contundencia, haciendo hincapié en las teorías del historiador Santos Juliá, despacha el tema del testimonio individual frente a la labor científica de los estudiosos con una llamada al orden que consistiría en subordinar la dimensión subjetiva y parcial del primero a

la objetividad y el rigor de la segunda (pp. 276-279), simplificando en exceso una cuestión mucho más compleja y hoy en día candente tanto en el ámbito académico como en el social y que, encima, podría abordarse empleando el mismo aparato teórico de Cercas: si para él, el novelista -un sujeto dotado de una visión incompleta- puede adentrarse en un terreno que le es vedado al historiador para arrojar luz sobre implicaciones que a este no le competen o se le escapan, ¿por qué el testigo no podría desempeñar el mismo papel en el seno de la historia? Si pensamos en el Holocausto, por ejemplo, es innegable que a través de los ensayos es posible conocer los acontecimientos fundamentales, los procedimientos de exterminio, las estadísticas, etc., pero el relato personal sirve para entender desde la perspectiva del ser humano ese horror racionalmente inconcebible: Primo Levi era un químico y, sin embargo, se dio cuenta de que solo por medio de una narración testimonial podía comprenderse a sí mismo y lo que le había tocado vivir. De hecho, lo que más fascina de *El impostor* son las subjetividades de Marco y del autor, enzarzadas en una pugna por desentrañar algo que se les escapa a ambos, unas verdades en su mayoría resbaladizas que dan pie a esos interrogantes morales y epistemológicos irresolubles que con tanta habilidad sabe plantear Cercas, mientras que las respuestas tajantes brindadas a propósito de los argumentos anteriormente analizados, empañan el brillo del punto ciego y, probablemente, a ellas se debe la pequeña polémica entre literatos y críticos desatada por la publicación de *El impostor* (<http://www.fronterad.com/?q=javier-cercas-y-%E2%80%98impostor%E2%80%99-o-triunfo-kitsch>; [Tintas. Quaderni di letteratura iberiche e iberoamericane, 5 \(2015\), pp. 194-197. ISSN: 2240-5437.](http://www.fronterad.com/?q=futuro-pasado-y-mentiras-verdad-respuesta-a-faber-sobre-cercas-y-</p>
</div>
<div data-bbox=)

[%E2%80%98-impostor%E2%80%99](#)). Con todo, Enric Marco es una personalidad absolutamente deslumbrante y con un doble fondo ético que no podía escandallarse a través de una biografía o un ensayo: se merecía una novela y -en eso sí que tiene razón el narrador- Javier Cercas era el escritor más adecuado para acometer tamaña empresa, en la que el número de los tuertos por enderezar quizás sobrepasaba el de las herrumbrosas lanzas al alcance de cualquier caballero andante de las letras.